



Luna de hiel
Florence Vidór





REED, Luther

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año III
N.º 75

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

LUNA DE MIEL

(HONEYMOON HATE, 1927)

Producción basada en un asunto original de

ALICE B. WILLIAMSON.

Interpretación de FLORENCE VIDOR y

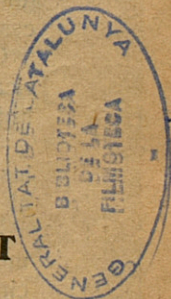
TULLIO CARMINATI.

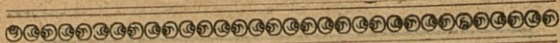


Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.





LUNA DE HIEL

Argumento de la película

Venecia, la reina del Adriático es famosa por sus canales, sus góndolas y por lo que se verá en el transcurso de este original romance de amor entre un noble italiano y una "princesa del dólar".

Gail Grant, bellísima millonaria norteamericana, acababa de llegar a uno de los mejores hoteles de Venecia.

—¿Reservó usted las habitaciones imperiales que le pedí por cablegrama? — preguntó al gerente.

—Las habitaciones imperiales no las podemos reservar más que para los reyes y príncipes que nos visitan, señora...

—¿En dónde me he de instalar, pues?

—Podemos ofrecerle otras habitaciones igualmente lujosas en el segundo piso.

—Veamos.

Gail con su dama de compañía y el gerente subió por el ascensor.

Un empleado del hotel, dijo a un compañero:

—¿Quién es esa encantadora criatura?

—¿No la conoces?

Le enseñó una revista extranjera en la que se anunciaban las grandes fundiciones de Acero "Grant Stel Corporation", de Pistburgo, Pensilvania.

—¡Es la hija del rey del Acero!

—Con humos de princesa, al parecer...

Entretanto, Gail había llegado a la estancia que le destinaban. No pareció muy satisfecha del mobiliario ni de la instalación.

—Si ésta es parecida a la habitación imperial, lo siento por el pobrecito emperador que la ocupe, pues tiene muy mal gusto.

—Es una estancia elegantísima, señora.

—Para usted será muy elegante, pero a mí me parece el colmo de lo cursi... La tomaré, pero quiero que la amueble a mi gusto.

Y ordenó quitasen inmediatamente de la chimenea y de la mesa varios objetos artísticos que la afeaban.

Luego preguntó:

—¿Encontró usted ya el cicerone que le pedí por telégrafo?

—Llamaré unos cuantos muy buenos para que escoja el que más le agrade.

No tardaron en aparecer hasta media docena de guías, pero todos ellos, viejos, de fachas lamentables.

Ella los rechazó, no queriendo ni nabiar con ellos.

—El cicerone que deséo, tiene que ser joven, culto, esbelto y muy pulcro en el vestir—dijo.

—Procuraré complacerla, señorita.

Cuando el gerente hubo salido, la dama de compañía dijo:

—Por Dios, Gail de mi alma... Lo que tú quieres no es un guía... sino un Don Juan... ¿Qué pensará la gente?

—Deja a la gente que piense lo que quiera, Molly. Además, tú no eres mi consejera, simplemente mi doncella.

Aquellas palabras parecieron herir a Molly, quien se puso a llorar, pero Gail la acarició y dijo:

—¡Perdóname, Molly!... Tú ya sabes que soy muy impulsiva...

—¡Oh, no es nada, niña!... Tú tienes perfecto derecho a hacer lo que mejor te parezca.

Y Molly volvió a sonreír, esclava siempre de los caprichos de su ama.

* * *

El señor Austin, dueño del hotel, se dirigió a una casa de antigüedades a fin de encontrar algo interesante para amueblar la habitación de Miss Grant.

La casa estaba regida por el príncipe Dan-

tarini, un noble que había venido a menos y visto en la precisión de establecerse como anticuario. Conservaba todavía algún dinero, aunque muy reducido por las circunstancias.

Austin escogió varios objetos.

—Son para una cliente... Miss Grant, una americana caprichosa... Me quedará todo esto... Aunque es una verdadera lástima para usted tener que vender estos tesoros, príncipe Dantari, ¿no es cierto?

El príncipe, que era un muchacho elegante y moreno, contestó:

—¡Estas son las consecuencias de la guerra, mi querido amigo!

—¡Atiza! ¡Ahí viene la princesa del Acero! No quiero que me vea aquí! — interrumpió Austin.

—Yo la atenderé — dijo el príncipe.

Austin fué a ocultarse tras unas cortinas a tiempo que entraba en aquella casa de antigüedades, la bella americana con Molly.

El príncipe quedó repentinamente prendado de su belleza y procuró atender a la caprichosa en todos sus deseos.

Estaba ella dispuesta a comprar algunas chucherías para adornar su cuarto de hotel.

Admiró varios de los objetos expuestos y viendo un escudo heráldico en la pared, preguntó señalando la divisa latina que campeaba en él:

—¿Qué significa esta divisa?

—Es la divisa nobiliaria de la familia dueña

de este palacio — respondió el príncipe sin darse a conocer como a tal propietario.

Austin comentó tras la cortina con uno de los dependientes:

—Menos mal que no le ha dicho lo que el lema significa.

—Lo grave será si ella se entera de lo que significa antes de salir de aquí.

Gail siguió contemplando los mil objetos de arte allí almacenados y de pronto viendo una hermosa tela bordada en oro, la examinó brevemente.

—¡Qué hermosa es! ¿Cuánto vale?

—El precio de esta pieza es cinco mil liras, señorita.

—¿Qué te parece, Molly, si la compraba para hacerme un mantón?

El príncipe se horrorizó.

—Esto es una pieza de museo, señorita, y no quiero venderla a menos que el comprador me prometa que no la cortará.

—Yo no acostumbro prometer nada a los dependientes — contestó con altivez.

—Pues no la vendo.

—Le daré siete mil liras por ella...

—¡No!

—¡Diez mil liras!

—¡No!

—¿No sabe usted que yo no reparo en el precio? — gritó, amoscada ante la terquedad del "dependiente".

—Me ha de prometer usted...

—Esto sí que no... Y quiero la pieza, ¿sabe? ¿Qué se ha creído? Si se me antoja tengo dinero para comprar todo este palacio.

—Este palacio no se vende, señorita.

—¡Se vende todo! ¿Quién es el dueño de este palacio?

—Yo soy el dueño, señorita.

—¿Usted?

Comprendiendo la plancha que acababa de hacer, miró a Molly y le dijo:



—¡Qué hermosa es! ¿Cuánto vale?

—¡Vámonos en seguida!

—Siento no haya comprado usted nada— dijo el príncipe.

Ella le lanzó una mirada iracunda y salió del palacio subiendo a una góndola.

El príncipe la acompañó hasta el exterior saludando con burlona sonrisa.

Ella desde la embarcación volvió a contemplarle con rabia y dijo a Molly:

—¡Me vengaré de ese hombre, aunque tenga que pasarme el resto de mi vida en Venecia!

El príncipe regresó al almacén y comentó con Austin el genio orgulloso de la americana.

—Me ha encargado que le buscase un guía bello como un Apolo, poético como un D'Anunzio y con un instinto de dirección como Lindbergh... —dijo el gerente.

El príncipe se echó a reír, y sin poder olvidar a la linda princesita del dólar, exclamó, dispuesto a divertirse:

—Yo me encargaré de buscarle el guía que ella quiere.

* * *

Humberto Banning-Greene se había educado en Londres, lo cual se echaba de ver a simple vista.

Hombre tímido y bonachón, había pasado una temporada en los Estados Unidos y allí

conoció a Gail Grant de la que se había enamorado de una manera estúpida, sin verse nunca correspondido.

Cuando supo que Gail había emprendido un viaje a Europa, salió él en el correo siguiente, dispuesto a encontrar a la linda dama de sus pensamientos.

Llegado a París, fué al hotel donde sabía ella se hospedara.

Al firmar en el libro registro de viajeros y después de contar las maletas que constituían su equipaje, preguntó al "maître":

—Dígame, amigo... ¿está Miss Gail Grant en sus habitaciones?

—Caballero, Miss Grant salió de aquí hace unos días para Berlín... Parece ser que se aloja en el hotel Avalon.

—¡Ah, voy a Berlín!

—Aquí tengo la factura de las flores que pidió usted por cablegrama, para Miss Gail Grant.

—¡Bien, bien!... Con el permiso de usted me sacaré la cartera...

Y procurando que nadie viera dónde guardaba el dinero, se desabrochó el chaleco y la camisa, sacando una bolsita suspendida por una cadena donde guardaba sus billetes.

Pagó... y se hizo conducir a la estación.

Mientras tanto en Venecia el gerente entraba en el cuarto de Gail Grant y le decía:

—Señorita... aquí tiene usted el cicerone que le conviene... Si quiere, le haré entrar.

—Si... sí...

Franqueó la puerta a un joven.

El guía era el propio príncipe Dantarini, que había recurrido a aquel medio para poder hallarse cerca de la caprichosa y encantadora extranjera.

Austin le anunció:

—El príncipe Julio María Vicente Dantarini.

Gail y Molly se asombraron al ver avanzar al elegante dependiente del almacén de antigüedades.

Dantarini, sonriente, se inclinó ante la dama, esperando sus órdenes.

—¿Conque a más de cicerone es usted príncipe? — dijo ella, entre enojada y satisfecha de la casualidad.

—¡Si, señorita!... La vida exige hacerlo todo. ¡Qué ocasión tan bella para humillar a aquel hombre!

—Usted no ignora — dijo Gail — que un buen cicerone debe estar siempre a la disposición de la persona a quien sirve...

—Lo sé, señorita.

—No regatearé su jornal. Queda usted aceptado.

Y extrayendo de la caja de su secreter un puñado de billetes se los entregó diciendo:

—Tome... para gastos menores.

Luego le dió un libro de notas.

—Deseo que lleve cuenta minuciosa del dinero que gaste, céntimo por céntimo...

Algo sorprendido por aquella voz de mando, el príncipe se inclinó.

—Bien, señorita...

—Y quiero que venga a buscarme mañana a las diez.

—No faltaré. ¿Manda algo más?

—Puede retirarse...

Y cuando hubo salido, la muchacha, riendo, exclamó:

—Ahora verá ese príncipe quién es la prin-



—Tome... para gastos menores.

cesa del Acero, Molly... Pero, ¿no te parece que es muy simpático, muy agradable?

Al día siguiente comenzó el príncipe a prestar sus servicios de cicerone.

Pasearon en góndola por el Gran Canal, por las innumerables calles de la inundada Venecia.

Todos los gastos eran puntualmente anotados en su libro de notas por Dantarini.

Luego anduvieron por algunas calles y como les importunasen pobres pedigüeños, el guía les dió unas liras apuntando el gasto en el librito.

Después, mientras apuntaba lo que había dado como gratificación al gondolero, Gail se vió rodeada de una porción de chiquillos que le pedían una limosnita.

Ella, aterrada, dijo al guía, que se había separado unos pasos:

—Déles dinero... déles... pero que se vayan.

—¡Aguárde!...

Acabó de apuntar y les arrojó unas monedas desapareciendo en el acto toda la chiquillería.

—Usted perdone que haya tardado... pero estaba apuntando unos gastos... Como me dijo la señorita que llevase la cuenta de los gastos al céntimo.

—¡Oh, tampoco con tanta exageración!

A medida que siguieron paseando, la muchacha sintió menos hostilidad hacia aquel verdadero príncipe.

Cuando se despidieron, él, con cierta íntima turbación, la dijo:

—¿Quiere usted que salgamos esta noche en la góndola? Un paseo a la luz de la luna es maravilloso.

Gail aceptó, conmovida, con un alma romántica, a pesar de su aparente desdén y trivialidad.

Y por la noche pasearon por la maravillosa ciudad de las aguas muertas, escuchando can-



—... estaba apuntando unos gastos.

ciones de gondoleros que repiten una palabra eterna: "Oh, amore, amore..."

En otra góndola se hallaban Austin y su mujer. Esta dijo, viendo a la americana y al príncipe:

—Parece que la americanita interesa "terriblemente" al príncipe Dantarini.

—Le interesa más que terriblemente... estupidamente.

—Es natural... el príncipe desciende de una familia cuyos varones organizaron cacerías al Africa por el gusto de domar las fieras que cazaban.

Luego de haber recorrido largo rato los canales, Gail y Dantarini desembarcaron en un jardín de maravillosas avenidas de exquisita fragancia.

—¡Qué jardín más encantador!—dijo Gail, que casi había olvidado, ante el influjo de la noche, su venganza—. ¿Cómo ha sabido usted encontrarlo?

—Es el jardín de mi palacio...

Y acercándose mucho a ella, le tomó una de las manos y la besó. La joven no hizo ningún movimiento de protesta y bajó los ojos, murmurando:

—¿Por qué me ha traído usted aquí?

—Por esto.

Y demostrando una gran audacia, la besó por dos veces en la boca, besos anhelantes, de sorpresa.

Ella le miró conmovida.

La noche, la emoción, la juventud, todo conspiraba a favor de aquel amor naciente.

No se acordó ya Gail de que había querido humillarle; pero aun tuvo fuerzas para decir:

—¿Olvida usted que no es más que mi guía?

—Sí... lo he olvidado todo... Sólo sé que la amo...

—Príncipe...

—¿Quiere usted casarse conmigo, Gail?

Un nuevo beso, correspondido por ella, y la dulce aceptación.

—¡Sí... sí!...

Se acariciaron suavemente. Gail, viendo en la mano izquierda de él un anillo con un escudo heráldico, preguntó:

—¿Qué significa la divisa de tu anillo?

—Te lo diré después de casados.

—¿Por qué no ahora?

—No es posible... Ya lo sabrás...

Y siguieron por el jardín, con los labios unidos y las almas temblorosas.

* * *

Humberto Banning-Greene llegó a Berlin como podía haber llegado a Honolulu o al Momotombo...

En dificultoso alemán se expresó ante el conserje del hotel; pero éste le advirtió cariñosamente que conocía el inglés.

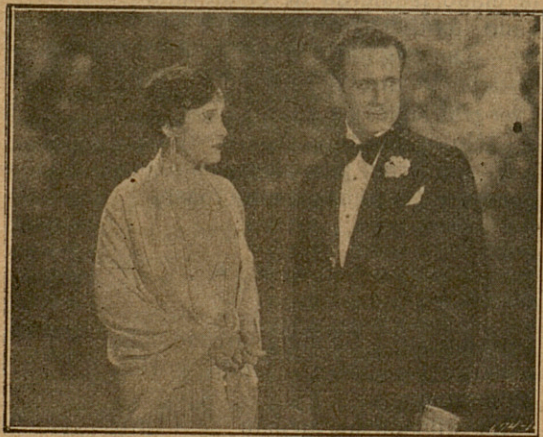
—¡Ah, si es así, magnífico! ¿Está aquí miss Grant?

—Salió para Venecia hace unos cuantos días, señor.

—¡Qué mala suerte! Pero he de encontrarla... Deme primero la factura del florista, después una taza de té con limón y cuando la haya tomado cogeré el tren para Venecia.

Y en Venecia, unos días después, se casaban el príncipe Dantarin y la princesa del dólar.

—El príncipe Dantarin y su esposa saldrán mañana para París a pasar la luna de miel...



—¿Por qué me ha traído usted aquí?

Esta noche les daremos una serenata—dijo Austin a sus amigos.

Y, en efecto, aquella noche, antes de cenar, una legión de cantantes lanzó quejumbrosos cantos ante la ventana donde tenían los novios su habitación.

Austin y su mujer seguían comentando el casamiento.

—¿Cuánto tiempo crees tú que tardarán en divorciarse?

—Si él logra domarla, quizá no habrá divorcio—dijo Austin—. Por cierto que he de mandarle a ella mi regalo de boda.

Y envió un paquete a la habitación que ocupaban los novios en el hotel.

Era antes de cenar.

Comerían ellos en la misma habitación.

Gail estaba en su tocador, arreglándose y preparando el equipaje, mientras el príncipe paseaba por el saloncito contiguo, viendo como un camarero ponía la mesa bien surtida.

Entró otro sirviente trayendo el paquete para Gail, y el príncipe puso el regalo en la mesa, cubriéndolo con una servilleta.

Luego, el criado le entregó una carta. Era de Austin y decía:

“Le he manifestado al conde Eister que sale usted para París, mañana, en el primer tren; pero él insiste en verle a usted para comprarle toda su colección de cuadros, pues, de lo contrario, efectuará el negocio con otra persona. Le espera mañana en el almacén.”

Dantarini se enfureció. Tenía decidido ahora su viaje a París... y aquel comprador, se lo impediría.

Porque, ¿cómo iba a rechazar la ocasión de vender en excelentes condiciones, a uno de los hombres más ricos de Europa, los valiosos cuadros de su casa?

Gail entró en el saloncito y se echó en brazos del joven. Estaba monísima.

—¿Te he hecho esperar? Estaba tan ocupada arreglando el equipaje... ¡París! Mañana saldremos para gozar por entero de nuestra luna de miel.

Le besó, le acarició las manos. De pronto, vió la sortija heráldica y dijo:

—¿Recuerdas que me prometiste que después de casados me dirías lo que significaba la divisa de tu anillo?

—Sí... Dice: "Seremos obedecidos."

—Es curioso... Pero me alegro que la leyenda esté en plural—respondió ella, que no estaba dispuesta a tolerar que nadie la mandase lo que no fuera de su gusto.

—Por cierto que... no podremos ir a París.

—¿Qué dices?

—Lee.

Ella devolvió, enfurecida, después de leerla, la carta del conde.

—No permitiré que ese señor nos estropee nuestra luna de miel—dijo.

—No tengo otro remedio que quedarme.

¿Qué será de mi negocio si ofendo a mi mejor cliente?

—¡Ciérralo! Yo tengo dinero de sobra para los dos.

—Lo sé; pero, de ninguna manera quiero vivir a costa tuya.

Gail se enfureció y gritó:

—Quiero que cierres el negocio... La Princesa del Acero y de Dantarini, casada con un miserable anticuario... ¡Cómo se reirá la gente!

—Pues, nos quedamos... Lo quiero.

—Perfectamente... Tú no vas, pero yo volveré a París sola.

—Tú no volverás a París.

—Estoy viendo que quieres poner en práctica el lema de tu familia: "Seremos obedecidos."

—Eso mismo.

—Pues, para que te enteres, mi familia tiene también divisa.

Hojeó nerviosamente unas revistas y le mostró un anuncio de la casa de su padre.

"Acero Grant.

"Famoso en el mundo entero por su resistencia."

—Yo soy tan resistente como el acero que fabrica mi padre, ¿te enteras?

Y, orgullosa y ofendida en su libertad, abandonó el saloncito, encerrándose en la alcoba.

—¡Ven acá, Gail, amor mío!—dijo él, llamando a la puerta—. ¿Qué pensarán de nos-

otros los sirvientes, si nos peleamos la noche de bodas?

Peró ella no quiso salir y Dantarini tuvo que sentarse a la mesa, pues acababa de entrar un criado, comenzando a servir los primeros platos.

El camarero le miraba extrañado... ¿Por qué la señora no comía con él? ¡Qué cosas!

Ella vacilaba entre volver con su marido y permanecer en el cuarto.

Y el príncipe, para explicar la extraña ausencia de su esposa, dijo al camarero:

—No ponga nada a mi señora... Esta noche no tiene apetito.

Y así fué cómo Gail se quedó sin cenar.

Permaneció furiosa en su cuarto... ¡Qué estúpido era su marido! Mientras tanto, se había ahora quedado ella sin probar bocado... Y con el hambre que tenía...

Pasó largo rato...

La joven entreabrió la puerta, y no viendo a nadie en el saloncito, entró en él, dispuesta a tomar la sobra de alguna comida.

Sí... sí... El hambre del príncipe había sido devoradora y como para ella no habían puesto ración...

Indignada, vió de pronto un paquete en la mesa, envuelto en un papel, que llevaba su nombre.

Desdoblólo y encontró el libro de Shakespeare "La fierecilla domada", regalo del ge-

rente del hotel que había tenido buen cuidado en mantener el incógnito.

Gail creyó que se trataba de una broma de su marido y lanzó el libro contra unos cortinajes.

Apareció, riendo, el príncipe.

—¿Por qué estabas ahí oculto?—rugió ella.

—Lo hacía porque los criados creyesen que nos habíamos retirado.

—¡Ah! te felicito por tu oportuna ocurrencia de enviarme el volumen.

—¡No es mío!

—No lo niegues, mala persona, antipático...

Dantarini corrió hacia su mujer y la estrechó entre sus brazos.

—¿Por qué me ofendes?—le dijo, sonriente.

—No saldrás de aquí hasta que me hayas pedido perdón.

—¿Pedirte yo perdón?—contestó la fierecilla—. No lo haré, aunque tenga que estar aquí toda la noche.

Y encaminóse hacia la alcoba, cerrando con llave por dentro.

Tranquilo, el príncipe Dantarini se sentó en un sillón cerca de la puerta.

* * *

Pasó un corto rato. La plácida calma de Venecia no era ciertamente muy a propósito para una luna de miel como la de los protagonistas de nuestra historia.

Gail, por una puertecilla, había llamado a Molly, y le decía:

—Ve a ver lo que está haciendo mi marido, Molly.

La vieja entreabrió ligeramente la puerta, y luego dijo:

—Continúa sentado en la misma silla, Gail.

Transcurrió media hora más. Otra vez Molly volvió a su espionaje.

—Sentadito y sin moverse—dijo.

—¡Ah! ¿es que ese hombre no me dejará salir de aquí?—rugió ella—. Le amenazaré con pedir el divorcio, para asustarlo.

Mientras tanto, el famoso Humberto acababa de llegar al hotel y preguntaba por miss Gail Grant.

Cuando le dijeron que estaba en el hotel, su alegría fué radiante. Y ordenó que le diesen inmediatamente una habitación fresca, soleada, limpia y clara y vecina a la de Gail.

La bella Gail, desde su alcoba, entraba en el saloncito donde, fumando un cigarrillo y sentado en un sillón, veía el príncipe transcurrir su primera noche de amor.

—¿Por fin te has decidido a abrirme?—le dijo él.

—Lo que estoy es decidida a pedir el divorcio inmediatamente.

—En Italia no teremos divorcio... Te lo digo por si lo ignoras—contestó, socarrón.

—Bueno... lo conseguiré fácilmente en París.

—En Italia no dan pasaportes para el extranjero a la mujer casada sin el consentimiento del marido—dijo con la misma flemma.

Ella le miró con desprecio y gritó:

—Molly, dame el sombrero, el bolso y los guantes. Me voy al teatro. No quiero estar más aquí.

Cuando tuvo aquellas prendas, abrió la puerta y se dispuso a salir.

—¿Te vas?... Estoy seguro de que regresarás pronto—dijo el príncipe.

—No quiero saber nada de ti.

Saló al pasillo y en aquel momento vió a Humberto, su antiguo pretendiente de Norteamérica, que entraba en la habitación frontera.

—¡Gail, prenda mía!—dijo el americano, corriendo hacia la joven—. He recorrido media Europa en pos de ti, pues mi amor no respeta fronteras.

—¡Qué casualidad la de encontrarnos!

El príncipe se hallaba ante la puerta y contemplaba con repentinos celos a aquel hombre de aspecto británico.

—¡Querida mía!—dijo Humberto—. Ven un rato conmigo, que hablaremos. Diremos al camarero que nos traiga algo para beber.

Mirando al príncipe, y viendo que éste iba de etiqueta, le dijo, tomándole por un criado:

—¡Camarero!

Dantarini se enfureció... Y ella, entrando otra vez en su cuarto con Humberto, explicó el error.

—Te equivocas, Humberto... Este joven no es el camarero... Te lo presentaré... Mi marido, el príncipe Dantarini... El señor Humberto Banning-Greene.

—¿Tu marido?

Humberto tuvo que apoyarse en una silla y se dejó caer en ella, creyendo que se moría de la impresión.

El británico era muy apocado y enfermizo y aquella terrible sorpresa le hacía llorar.

Gail, siempre burlona, dijo a su marido:

—Julio, te has de marchar en seguida. ¿No estabas citado con alguien en el almacén? ¿Es hoy o mañana la cita? No recuerdo...

Hablaba con ánimo de humillarle ante los ojos de un extraño.

—El almacén me tiene ya sin cuidado—rugió el príncipe.

—Me extraña que ahora no te importe el almacén, cuando es la causa de que no pasemos la luna de miel en París.

—Así es...

—Bueno, me alegro... Estando Humberto aquí conmigo, me tiene lo demás sin cuidado...

El príncipe hizo un gesto de desprecio, y cogiendo el sombrero abandonó la habitación.

Comenzaba a lamentar su matrimonio... ¡Qué mujer tan necia!

Al quedar solos, Humberto rogó a Gail le diese una tableta de aspirina, pues se sentía muy enfermo.

—¿Por qué te casaste con ese antropófago?

—Julio no es ningún antropófago... Además, es mi marido, y le amo con toda mi alma.

Al oír aquella confesión, el inglés estuvo a punto de volver a desvanecerse. Suerte de otra pastilla de aspirina...

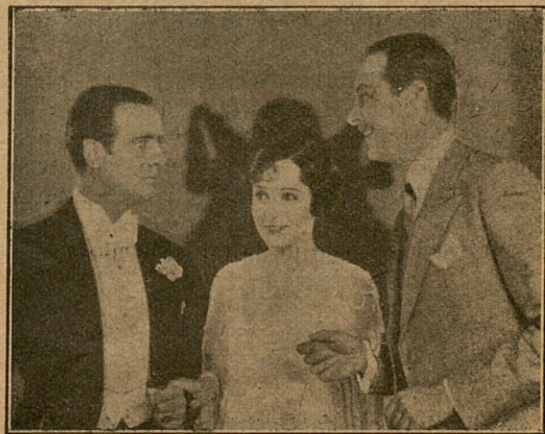
Gail sonrió y mirando a su amigo pareció tomar una determinación.

Llamó a Molly y le dijo:

—Ya puedes deshacer todas las cosas, Molly. He desistido de ir a París.

—¿De veras?

—Sí, no quiero moverme. Humberto y yo



—Te equivocas, Humberto... Este joven no es el camarero...

tenemos muchas cosas importantes de qué hablar.

Humberto parecía estar soñando.

—¿Es de veras que te quedas por mí?—le dijo—. Si me respondes que no, me echaré de cabeza al Gran Canal.

—Por ti me quedo, y te ruego no salgas del hotel sin avisarme... Es posible que te necesite.

—No saldré.

Y cuando Humberto abandonó la habitación, Gail dijo a la doncella:

—Nuestro ilustre príncipe está celoso, Molly. Lo que no conseguí con la amenaza del divorcio, lo consiguió Humberto con su presencia.

—Estás jugando con fuego.

—Con el arma de los celos, que nunca falla, yo haré que se me humille y me pida perdón de rodillas... Y en lo futuro, su divisa será "Obedeceré", en "imperativo" y singular.

Y sonrió con aspecto de futura vencedora.

* * *

Se dirigió a la habitación de Humberto. Se respiraba allí una casta intimidad.

El tímido se emocionó al verla, y Gail, sonriente, le dijo:

—¿Quieres hacerme muy feliz, Humberto?

—Tú dirás...

—Quiero que salgas de Venecia esta misma noche...

—Pero... eso es una locura... Si no hace mucho que he llegado...

—No me preguntes nada... Vete, y luego lo sabrás todo.

El joven, como siempre, accedió.

—Yo misma te ayudaré a arreglar tu equipaje.

Y suavemente ella se dirigió a una salita cercana, separada por unos cortinajes.

Ruboroso, Humberto le impidió la entrada.

—No quiero que entres en esta habitación.

—¿Por qué?

—Es mi alcoba.

—Te equivocas, Humberto... Mi intención era sólo ayudarte a arreglar el equipaje. Anda, tráelo y lo prepararemos aquí mismo—dijo, riendo.

Ella esperó en la salita y pronto volvió su amigo con varias maletas. Disimuladamente, aprovechando varias ausencias de él, Gail quitó del equipaje una camisa de dormir y unos zapatos de Humberto y los ocultó bajo un diván.

Poco después el bonachón inglés abandonó el hotel, despidiéndose casi con lágrimas en los ojos, de su bella amiga.

Gail llamó a su doncella Molly y la hizo entrar en el cuarto de Humberto. Era preciso

que permaneciesen allí durante toda la noche.
Y así lo hicieron...

Dantarini, después de dar unas vueltas por la calle, había vuelto a su habitación y estaba furioso por la ausencia de su esposa.

¿Dónde podía haber ido su mujer? ¿Por qué se marchó?

Salió al corredor y comenzó a pasear nerviosamente... ¡Ah, qué deseos tenía de encontrarse con aquel inglés y servirle un almuerzo a lo Borgia!

Desde el cuarto de Humberto, Gail espiaba a su marido. Cuando le vio pasear, sonrió y llamando a una camarera, le dijo:

—Debajo de mi cama, en mi cuarto, encontrará usted unas zapatillas. Tráigamelas.

Luego dijo a Molly:

—Amiga mía, quiero que sigas mis instrucciones al pie de la letra, y no te asustes aunque derriben la puerta. Te vas a encerrar en la contigua alcoba y poniéndote estos zapatos de Humberto, te pasearás y harás mucho ruido.

—¡No quiero hacer esto!—protestó la vieja.

—Considera, Molly, que me estoy jugando mi futura felicidad.

—Si es así...

Y accedió a todo.

El príncipe vio entrar, y salir momentos después, de la habitación de su mujer, a una camarera llevando unos zapatos en la mano.

La muchacha, con aquel calzado, que per-

tenecía a Gail, entró en el cuarto de Humberto.

Los más terribles celos anidaron en el alma del príncipe, creyendo que su esposa se hallaba con el inglés.

Abrió furioso la puerta y penetró en la estancia.

Gail se paseaba suavemente, vestida con vaporoso pijama.

Se oían pasos cercanos y fuertes de hombre. Eran los que daba Molly, con los zapatos de Humberto.

—¡Hola, Julio mío!—dijo Gail, queriendo echarse en sus brazos.

Pero él la rechazó, descubriendo en el diván una camisa de hombre.

—¡Qué infamia!—gritó—. Creía conocerte, pero me equivoqué... No me imaginaba que descendieses tan bajo por hacer tu gusto.

—Tontín... ¿es que vas a creer...?

—¡Apártate! ¡Qué asco! ¡Tú con él! ¿No decías que querías pedir el divorcio? Ahora tendrás manera de conseguirlo... Y da recuerdos a ese hombre...

Y señaló la puerta de la alcoba, por donde se oían las recias pisadas.

Marchó el príncipe de la habitación, y Gail, creyendo haber ido demasiado lejos con su broma, se echó a llorar.

Dantarini salió a la calle. Esperaría que se hiciese de día para ir a casa de un abogado para solicitar el divorcio.

Al salir, tropezóse con el propio Humberto Banning-Greene que, tapado hasta las orejas, entraba penosamente en el hotel, estornudando a cada paso.

—¡Eh! ¿De dónde sale usted?—le gritó, sorprendido, pues le creía arriba con su mujer.

—Me olvidé la camisa de dormir... Anoche fui a pescar, antes de salir de Venecia, y cogí un catarro que no me deja ni hablar...

—Pero, ¿no pasó usted la noche en el hotel?

—Ni pensarlo... En una góndola todas las horas... y haciendo oposición a una pulmonía...

—¡Oh!... ¡Y yo había creído...!

Y, loco de dicha al comprender que su esposa había realizado una farsa, corrió hacia la habitación donde estaba llorando y le dijo:

—Lo sé todo, querida mía. Vámonos de aquí, porque va a subir tu amigo Humberto a recoger su camisa de dormir. ¿Por qué me engañaste e hiciste eso, amor mío?

Gail, emocionada al comprender que se había descubierto la verdad, respondió:

—Pensé que poniéndote celoso me saldría con la mía... y que iríamos a París.

—No tenías necesidad de todo esto... Las mujeres, tarde o temprano, os salís siempre con la vuestra... Hubiéramos retrasado sólo unas horas el viaje...

—¡Ah, Julio... te pido perdón!!! Ya no volveré a contradecirte nunca... Estoy dispuesta a

cumplir la sentencia de tu divisa: "Seremos obedecidos."

Se besaron...

El príncipe, oyendo pisadas en la alcoba vecina, abrió la puerta y encontró a la pobre Molly, calzada con los zapatos de Humberto y cumpliendo su misión.

Se echó a reír, y la fiel ama de compañía, avergonzada, dejó el calzado y abandonó la estancia.

Salieron también los novios, que habían pasado una noche de hiel y que querían ahora convertir el antiguo amargor en la miel de su cariño.

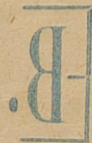
FIN

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID



[B.]